

Cortázar y su "Rayuela"

Orlando Mejía Rivera

¿ Por qué Cortázar? Veinte años después de muerto, a noventa años de su nacimiento, a cuarenta y un años de haberse publicado Rayuela. Un escritor que sigue tan vivo entre los lectores adolescentes de las últimas siete generaciones y que no hemos podido matar los lectores adultos, a pesar de los esfuerzos de algunos críticos. Cortázar como el arquetipo de un joven eterno, que a través de sus personajes nos vuelve a llevar con la imaginación al paraíso perdido de la primera juventud, allí donde todo lo que nos pasó fue por primera vez.

Quizá la vigencia permanente de la escritura y de la vida de Cortázar radica en que él nunca dejó de ser un adolescente, es decir, jamás se adaptó e inclinó ante el mundo acartonado y previsible de la adultez. Por eso, su literatura, toda ella, desde los primeros cuentos hasta su último libro de poemas, creo que se puede sintetizar como una búsqueda infinita de sí mismo, de las realidades detrás de la realidad

oficial, de otros lenguajes, cielos, infiernos, reinos, verdades, sueños, pero, sobre todo, de la búsqueda de otros caminos existenciales para la humanidad, que no repitieran el estruendoso fracaso de una civilización moderna hundida en el fango de la destrucción, la locura, la ambición y la infelicidad.

Se sabe que cuando Cortázar terminó *Rayuela* le tenía otro nombre. La novela se iba a llamar *Mandala* y esto es muy sugerente, porque el *Mandala* es un símbolo gráfico que representa las capas espirituales más profundas de un ser que se busca. Es decir, el *Mandala* de Cortázar, o la *Rayuela* de Cortázar son la representación literaria del viaje interior de su propia vida, de sus preguntas para no ser contestadas, de su propio vacío inundado de las voces contradictorias, pero complementarias, de sus distintos personajes. De esta manera empezamos a intuir que cada fragmento del libro de Cortázar, corresponde a una voz de un personaje, a un camino existencial, a una posibilidad impensada, a una casilla de la *Rayuela*. Veamos algunos de los trazos de este acertijo que nos dejó el gigante niño que pronunciaba la "r" como los Elfos de Tolkien.

Casilla 1: Cortázar llega a Buenos Aires proveniente de Bruselas siendo un niño de cuatro años, que sólo habla francés y apenas ensaya algunas palabras mal pronunciadas en español. Sus compañeros de escuela se burlan de él, su padre lo abandona para siempre, su cuerpo crece de manera desproporcionada, sus huesos son débiles y se parten con facilidad al caer de una bicicleta. Entonces, se encierra en el armario de su cuarto, en total oscuridad y comienza a escuchar los sonidos de esas otras dimensiones que después las conocimos sus lectores por él: Las atmósferas de la Casa Tomada, las huellas de los cronopios, la tontería de los Famas, los universos paralelos, los dobles. Ruptura de la realidad, y por los intersticios de sus grietas se filtra lo fantástico y lo sobrenatural. Él inaugura así en la literatura hispanoamericana un género fantástico distinto

al de Felisberto Hernández y al de Borges: Es lo sobrenatural dentro de lo natural, lo fantástico siempre está en la realidad si sabemos mirar y oír de una manera diferente. Toda casa, incluso nuestra propia casa, es la misma Casa Tomada si aguzamos el oído.

Casilla 2: El tímido maestro de escuela primaria. Se sonroja por todo, en especial cuando una mirada femenina lo desviste de arriba abajo sin pedirle permiso. Se empieza a cansar de sus fantasmas y decide leerse toda la cultura occidental: Los poetas malditos, su amado Poe, Schopenhauer, tratados de marxismo, manuales de hidráulica, la obra completa de Keats. Descubre su don de traductor de lenguas. En menos de dos años lee y traduce a sus escritores favoritos en lengua inglesa, y también es capaz con el alemán y ya desde ese tiempo sabe que algún día inventará el glíglico de la Maga.

Son años de lector compulsivo que le dan la sólida cultura que conoceremos luego por sus ensayos críticos y, sobre todo, por la futura erudición de Oliveira. Esa que nos mostrará con ironía que el conocimiento también puede estar al servicio de la banalidad y de la inutilidad: Clasificamos lo que no comprendemos, disecamos el canario y luego le pedimos a su cadáver que nos cante. De ahí toda esa serie de humor negro que incluye las instrucciones para subir escaleras, para matar hormigas, para clavar puntillas, para ponerse un buzo de cuello de tortuga.

Casilla 3: En una tarde de sol, caminando por la calle Corrientes de Buenos Aires, se encuentra con dos pasiones simultáneas que terminan siendo una sola: la música del Jazz y el amor desenfrenado de Aurora Bernardez. Descubre que el ritmo lo es todo: la trompeta de Louis Armstrong, el saxo de Charlie Parker, el sexo de su hermosa novia. Sólo la música penetra la máscara de las palabras, las sombras chinescas de los conceptos, el frío muro racional del pensamiento cartesiano. Una sola fuga de Bach derrumba el monstruoso edificio

arquitectónico de las categorías de Kant. El instante del orgasmo compartido con su amada es más profundo y verdadero que todos los tratados filosóficos acerca del amor. Cortázar comprueba lo que había leído en Schopenhauer: La música no es el mayor arte que ha producido el hombre, sino que los seres humanos somos una de las manifestaciones visibles de lo musical. Nietzsche lo diría luego con más poesía a través de su Zarathustra: sólo es posible creer en un dios que danza.

De ahí ese personaje enigmático del Perseguidor, que al poseer el don del ritmo de las otras dimensiones, es capaz de penetrar lo sagrado por medio de su saxofón. Sexo y saxofón como diría años más tarde nuestro Gonzalo Arango. Se llega a la divinidad por medio del ritmo, sabiendo tocar las notas apropiadas o los orificios propicios, se abre la puerta del misterio y todos podemos ser Jhonny Carter: extasiados en la locura mística de poseer a una diosa que no es verbo sino sonido, el pentagrama sagrado con la forma triangular del sexo de la hembra pagana.

Casilla 4: Un puente de París en una noche de lluvia. Cortázar mira el agua del río Sena y siente un profundo deseo de tirarse y de morir ahogado. No sería el primero ni el último. Se ha desencantado del mundo, está solo al igual que el universo en donde vive. Estas son las tierras arrasadas por el olvido de un Dios ausente. No es que se le haya extraviado el sentido de la vida, porque uno nunca pierde aquello que jamás ha tenido. Simplemente toca fondo, como el Titanic, quiere hundirse en esas aguas oscuras y heladas de un invierno incipiente. Morir en París, puede ser mejor que seguir viviendo en el infierno mental de su angustia.

Sin embargo, cuando decide quitarse el abrigo y regalárselo a un Clochard, para que no se desperdicie en el fondo del río, le surge la idea de su novela, su Rayuela, Oliveira, la Maga, Rocamadour, los miembros del Club de la Serpiente, Morelli, la utopía de la novela total,

o sea, de la antinovela, escribir una novela que mate la literatura pomposa y seria. Jugar a decirlo todo desde el principio, con otros lenguajes de los que, al igual que el poeta Hofmansthal, él tampoco conocía ni una sola palabra. Cortázar ya no se tirará nunca al río, el resto de su vida lo dedicará a jugar con el arte, y sin saberlo, esa noche, en ese puente del barrio de Montparnasse, lo salvó penetrar con su experiencia en una verdad profunda que Nietzsche vio clara sólo en la oscuridad de su cuarto del manicomio: La única justificación que tiene la vida humana en el mundo es su sentido estético. Rayuela nace esa misma noche en la que el hombre Cortázar renunció a encontrarle a su existencia una certeza metafísica. Por eso la auténtica literatura es asunto de descreídos y nunca de militantes.

Casilla 5: Cortázar es los otros: cada uno de sus personajes es un pasadizo oculto de su inconsciente que se muestra a la luz del mundo. La Maga es el arquero Zen: el descubrimiento del budismo, la ilusión del yo, la vacuidad, el lenguaje del silencio, el rechazo a la dialéctica, el zambullirse en la vida misma sin los flotadores existenciales de los prejuicios o de las esperanzas. La Maga es un pez en el agua que nada pero no sabe que nada, una gata en un tejado que copula con su gato y con la luz de la luna, una buscadora que jamás busca, porque sabe que sólo nos llega aquello a lo que hemos renunciado.

Oliveira es el flaneur en las calles del París de Baudelaire, el “matador de brújulas” que sabe que la ciudad luz es una metáfora de su propia angustia: Cada esquina, cada barrio, cada avenida es el mapa incompleto del sentido oculto de su propia vida. Oliveira es Cortázar antes de renunciar a la ilusión de las certezas metafísicas, un ateo que mientras niega la existencia de un Dios, se arrodilla a pedir perdón por lo que no comprende. Oliveira es el intelectual ordenado que huye de las pasiones humanas desordenadas, caóticas, el pensador frígido que trasladada la energía de su falo a la

lógica impecable de su discurso. Sus palabras son como selvas, en las que él mismo se refugia, huye de la Maga, e intenta ampararse en sistemas de pensamiento que traten de ocultarle el abismo incierto de todo lo que es humano. No obstante, en parte por la Maga, por sus amigos del Club de la Serpiente, por las noches de París, por el Jazz, por su propia sinceridad, se da cuenta que tiene que encontrar un puente hacia otra realidad, en donde las palabras de la dialéctica occidental ya no estén presentes. Oliveira busca atajos, salidas que nunca ha imaginado, pero lo que sí sabe es que para él no es el Oriente, ni el budismo, ni el vedanta, ni la simple sabiduría de la maga, quien vive sin preguntarse por la vida. Al final, todos los lectores de Rayuela lo sabemos, Oliveira parece que encontrará la muerte o la locura, pero, de manera paradójica, su fracaso es su triunfo, pues por la vía de la desesperación arriba a la paz interior, al renuncia al "Kibutz de su deseo".

Casilla 6: Le llega a Cortázar la fama literaria universal. Incluso, mientras todavía cree que: "No me hago la ilusión de que podré lograr algo trascendental". Su grandeza interior es superior a su éxito social. Con la revolución cubana renace otra vez el hombre, de carne y hueso, con sus uno noventa y cinco de estatura: El comprometido con los pobres, con la justicia social, el miembro del tribunal Rusell, el crítico implacable de los crímenes de guerra de los gringos en Vietnam, el exiliado por la dictadura militar de Videla en Argentina. El autor de una nueva novela: El libro de Manuel, tan distinta a Rayuela, en la que se impone el escritor comprometido sobre el artista sin leyes ni credos.

Casilla 7: Cortázar sigue creciendo. Y esto no es una metáfora sino un signo de reactivación de su antigua enfermedad: un trastorno de la hipófisis que lo agranda, le debilita más sus huesos, le transforma su rostro de niño semiperpetuo en una especie de gnomo gigantesco. Vuelve a la poesía de su adolescencia, se enamora de Carol, una canadiense con treinta años menos que él, hace algunas críticas constructivas al gobierno de

Fidel Castro y pasa a ser estigmatizado por todos: por los intelectuales de izquierda y por los de derecha. Se reencuentra con el tango y la milonga y escribe algunas letras que luego alcanzará a oír, en su última visita a Buenos Aires, en medio del sonido de un bandoneón y el olor del mate. A su vida y a su obra las impregna la nostalgia, esa nostalgia del tiempo perdido que había descrito en Rayuela, cuando le hizo decir a Oliveira que: "Después de los cuarenta años la verdadera cara la tenemos en la nuca, mirando desesperadamente para atrás".

Casilla 8: Carol y Julio se contaminan por una transfusión de sangre a comienzos de los años ochenta. Tres años después muere Carol. Un año después de la muerte de ella le llega el turno a Cortázar. Se murió de una leucemia dicen sus amigos, o de una extraña enfermedad desconocida refieren los teletipos de la prensa. La única que se atreve a decir en voz alta y en público la más probable verdad es su ex amante la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi: Cortázar se nos murió de Sida, contaminado por la misma sangre que también enfermó y mató a otros ciudadanos franceses anónimos.

Casilla 9: Cada vez que leemos a Cortázar sabemos de su inmortalidad y recordamos sus palabras: "Cuando se ha salido de la infancia... se olvida que para llegar al cielo se necesitan, como ingredientes, una piedrita y la punta de un zapato".

Casilla 10: Esta casilla es el cielo. Pero como dijo muy bien Wittgenstein: "De lo que no se puede hablar es mejor guardar silencio".

Entonces, ¿Por qué Cortázar? A lo mejor él es como la Rosa mística de Angelus Silesius, es decir, Cortázar es sin por qué, como lo es la noche, el rocío, las patas de un escarabajo dorado, el secreto orden de las palabras de Rayuela, tan insondables como las constelaciones en los otros cielos, o sea, en aquellos donde siempre seguirá existiendo Cortázar y su literatura, comprendida como la dimensión de lo imposible hecho realidad en el fondo del corazón humano de cada uno de sus lectores atentos.